

V. Blasco Ibáñez
Un editor heroico
(*Nuevo Mundo*, 2-2-1923)

Mi novela *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* ha sido traducida a casi todos los idiomas de Europa. En los diversos países de lengua inglesa van vendidos cerca de dos millones de ejemplares, y en naciones de limitado público como Holanda, Dinamarca o Suecia, han aparecido varias ediciones. Pero nunca creí que hubiera un editor valiente capaz de traducir mi obra al alemán.

Este hecho extraordinario acaba de realizarse. Un librero de Berlín ha publicado *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, y según él afirma, con extraordinario éxito... de venta.

Hace un año recibí una carta, escrita en correcto español por el barón Von Rattonitz, oficial alemán. Este hombre había hecho la guerra en uno de los ejércitos invasores de Francia y, según afirmaba, sintió cierto asombro al ver en la edición española de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* con qué fidelidad describía yo los hechos del avance alemán en los días anteriores a la batalla del Marne.

Esto no es extraordinario. Todos los novelistas, con un presentimiento que tiene algo de femenino, conseguimos en ciertos momentos adivinar la oculta realidad, describiéndola como si la hubiésemos visto con nuestros ojos. El barón Von Rattonitz, imperialista del antiguo régimen, había cambiado de ideas después de hacer la guerra, mostrando la desilusión del pasado y la nueva fe en el porvenir de todo el que encuentra su camino de Damasco y siente que las escamas de la ceguera caen de sus ojos.

Deseaba traducir mi novela por interés patriótico, creyendo que este libro podría contribuir a que los alemanes tuviesen una idea más exacta de los orígenes de la guerra y los desmanes cometidos en sus primeros meses por el militarismo germánico para aterrar a los países invadidos. Yo le dije una estaba dispuesto a autorizar su traducción siempre que fuese exacta, sin añadir ni quitar palabra, y él me prometió hacerlo así.

Pasaron varios meses. Un día recibí la noticia del fallecimiento de Von Rattonitz. Tal vez murió a consecuencia de las fatigas y privaciones físicas sufridas durante la guerra; tal vez pereció abrumado moralmente por la desilusión, no pudiendo resistir el peso de las creencias de su juventud derrumbadas sobre él.

Cuando empezaba a olvidarme de la versión alemana de mi novela, recibí una carta del editor Mörlins, de Berlín, el hombre valeroso que osaba publicarla. El libro estaba ya listo. Un nuevo traductor había reanudado y completado la versión emprendida por el antiguo oficial. Y *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, que se titula en la edición germánica *Die Apocalyptischen Reiter*, ha aparecido en Berlín hace unas semanas.

Al frente de esta edición consideré necesario escribir unas cuantas líneas, dirigidas al lector germánico. Después de terminada la guerra, yo no siento ninguna animosidad contra el pueblo alemán, como tampoco la siento contra ningún pueblo de la tierra. Los que inspiran odio son los gobiernos y no los pueblos. Pero si por desgracia volviésemos a 1914, escribiría otra vez la

misma novela, pues no me arrepiento de mi obra. Este libro fue hecho contra el militarismo, contra el káiser —falso héroe, comediante perturbador del mundo—, contra los fabricantes de guerras. Yo, como republicano, deseo que la naciente República alemana se consolide y sea una garantía de paz y tranquilidad para toda Europa.

Esto he dicho brevemente en mi prefacio; pero como en Alemania los republicanos son por el momento los menos, y los militares sin ocupación, así como la juventud inexperta que ama la guerra y las ferocidades patrióticas se agitan mucho, temo por la suerte de mi editor.

¡Heroico Mörlins! Hasta ahora muestra en sus cartas un entusiasmo de caudillo al que no arredran peligros, «Vamos a conseguir —me dice— un inmenso éxito negativo.» Esto de *negativo* significa que va a vender muchos ejemplares de la novela; pero los lectores interrumpirán tal vez su lectura para arrojar el volumen al suelo y patearlo.

Para probarme el gran éxito *negativo*, me envía paquetes de periódicos de Berlín y otras ciudades germánicas que dedican largos artículos a mi novela. Yo no entiendo el alemán; pero las cosas malas se presienten, y adivino en los tales artículos una generosa ración de palabras poco gratas para el novelista de *Die Apocalyptischen Reiter* y para su editor.

A mí no me interesa pecuniariamente el gran éxito *negativo* de mi novela en alemán. Dado el tipo de cambio a que está el marco, por miles y miles de ejemplares que se vendan, el tal éxito dará menos dinero que un simple artículo adquirido por un diario de Nueva York. Pero celebro que mi novela sea muy leída por los alemanes, con la esperanza de que facilite una nueva apreciación de las causas de la guerra y sus horrores, como ocurrió con el difunto Von Rattonitz.

En cambio, el editor muestra un entusiasmo valeroso ante la indignación que despierta su volumen, pues ve en ello una seguridad de numerosas ediciones.

Yo pienso en los fanáticos pangermanistas que han llegado allá muchas veces al atentado personal; en los estudiantes predispuestos a la violencia patriótica; en los oficiales inactivos, acostumbrados durante su vida en tierras invadidas a cometer toda clase de desmanes, y siento la tentación de escribir a Mörlins:

«Querido y heroico editor:
Cuando lo rompan la cabeza, avise».